



Núm. 47. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Diciembre 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO			
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.			
Un mes.	12 rs.	Tres meses.	38 rs.
Madrid. Tres meses.	32	Provincias. Seis meses.	74
Seis meses.	62	Un año.	144
Un año.	120		

En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.
REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.
Los pedidos de suscripciones pueden hacerse a la misma Administracion en librerías de giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA			
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.			
Un mes.	8 rs.	Tres meses.	24 rs.
Madrid. Tres meses.	20	Provincias. Seis meses.	46
Seis meses.	38	Un año.	84
Un año.	72		

P.º del Sol; y Administracion de El CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Correo de LA MODA, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Ehardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y G. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.

SUMARIO.
Navidad, por María del Pilar Sinués de Marco. — D. Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévia. — Leyendas de Noche-Buena, poesía, por Ventura Ruiz Aguilera. — Historia de un diamante, por Ángela Grassi. — La ciudad de Nazareth, por R. — Historia de María Stuart, por Salvador María Fábregues. — El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza. — Revista de Madrid, por Sofía Tartilan. — Explicacion del figurin. — VARIEDADES: Correspondencia.
GRABADOS.—Tipos de Noche-Buena.—Vista general de Nazareth.—La Plaza Mayor de Madrid en Noche-Buena.—La murga. —El pavoro.—¿Cuánto salada?

Jesús, que es la suma belleza, la suma sabiduría, la fuente de toda riqueza, el hijo único y amado del dispensador de todas las grandezas, quiso venir al mundo, pobre, humilde, y tomó vida mortal en el seno de una modesta jóven, rica sólo en belleza y virtud.
Ah! Si quisiéramos inspirarnos en tan sublime ejemplo, toda ambicion, toda vanidad se extinguiría en nosotros; la deplorable manía de elevacion, que hoy invade los ánimos, desaparecería, y el pobre y el humilde se tendrían por dichosos imitando a Nuestro Señor Jesucristo.

nada más que una módica fortuna, y anhelan las riquezas y los honores!
Jesús fué, desde que nació, el ideal realizado de la belleza y la perfeccion suma; la imaginacion más soñadora no puede crear nada semejante á aquel rostro grave y apacible, dulce y triste á la vez; el mundo del pensamiento estaba detrás de sus hermosos ojos llenos de luz; la inmensa grandeza es siempre triste, porque ve todas las miserias de la humanidad; Jesús estaba constantemente melancólico; cuentan los doctores que jamás se le vió reír,



TIPOS DE NOCHE-BUENA.

NAVIDAD.
Navidad! es decir, ¡el nacimiento de la alegría, del amor, de la luz, de la fé! El nacimiento del Hombre-Dios, es decir, de lo más grande y hermoso que puede concebir la humana imaginacion! Hé aquí lo que simboliza el 25 de Diciembre.
¿Por qué el rey del cielo envió á su hijo á nacer en un pesebre, y le envió en lo más crudo y riguroso del invierno?
Para enseñarnos la paciencia, la humildad, la mansedumbre, el amor á la pobreza y el desprendimiento de todos los bienes de la vida.

¿En qué tenía el rey del cielo á las riquezas cuando las rehusó para su hijo?
El podía haberle hecho nacer bajo los dorados artesanos de un soberbio palacio, y bajo la púrpura que Tiro fabricaba para los reyes de la tierra; podía haber inventado para él algo más alto que todo lo conocido, algo más rico, algo más hermoso y sublime; podía haber coronado su frente con un destello de la Divinidad, pero rehusando para él todos los dones de la vanidad humana, sólo le dió la hermosura y la virtud.
El Niño Dios no tuvo más asilo para nacer que un mísero portal, y padeció frío, desnudez y persecuciones; ¡qué admirable ejemplo para los que se quejan de poseer

aunque se sonreía algunas veces: ¡cuánta melancolía y á la vez qué dulzura habia en su sonrisa! ¡Qué magestad en su continente! ¡Qué sublime sencillez en su doctrina, y qué amor tan grande y tan ardiente hacía la humanidad emanaba de todo su sér!
Compréndese la ternura apasionada que á Jesús han tenido no sólo Santa Teresa, sino tambien otras almas ardientes y enamoradas; conociendo á Jesús, empapándose en su doctrina, sabiendo agradecer los beneficios que ha hecho á la humanidad, no puede amarse ninguna otra cosa.
Jesús es el bello ideal de la jóven cristiana; Jesús adolescente; Jesús mancebo; Jesús cuando hombre ya recor-

ria los pueblos y alumbraba la ignorancia con su palabra divina.

Jesús, niño, es el amor de la infancia y de las madres; ¿qué gracias no atesoraría aquella niñez, cuando los primeros años de la vida tienen por sí solos tan natural y poderoso encanto? ¿Cuánta belleza, cuánta inocencia, cuánta alegría no habría en aquel niño?

Así todas las mujeres amamos á Jesús; ya infante, en los brazos de su bella madre; ya adolescente, trabajando al lado de San José; ya hermoso y melancólico mancebo, triste por las culpas de la humanidad; ya hombre, consolando, curando é instruyendo con el poder y el calor de su palabra.

Los hombres acaso podrán dudar, llevados de su orgullo, ofuscados por la ciencia que, según ellos piensan, se lo enseña todo, y según mi parecer no les deja ver nada; pero la mujer, que cree sincera y humildemente; la mujer, para la cual el amor es una necesidad, y que en admirar lo que ama pone un generoso empeño; para la mujer, el amor de los amores será Jesús, en tanto que exista sobre la tierra su hermosa imagen y su consoladora doctrina.

Niñas, dad á los pobrecitos niños, en nombre del Redentor del mundo, una limosna que alivie sus dolores y su miseria; acordaos de él en medio de los placeres, jóvenes, y pensad en que la infancia desvalida es su imagen; cuando dais un vestido á un niño pobre, lo dais á Jesús; privaos de alguna cosa por él, y pensad en que la beneficencia os llevará á su lado, para verle radiante de gloria.

Madres, enseñad á vuestros hijos el amor del Dios niño, haciéndolos practicar la caridad; la caridad, enseña del que nació pobre para sufrir y salvarnos; la caridad, árbol frondoso que da tan ópimos y ricos frutos, porque fué fecundado con la sangre del que nació en un pesebre una cruda noche de invierno.

Navidad! ¡Nombre hermoso que encierras todas las vidas y todas las alegrías más puras que se albergan en el alma humana! ¡Con justo motivo se celebra tu fiesta. ¡Desde el rico potentado hasta el modesto artesano, todos se animan de alegría á tu llegada!

Pensemos ese día en los que sufren, partamos con los pobres lo que el cielo nos ha concedido, porque el mismo Jesús lo ha dicho:

—No perdereis ni el vaso de agua que deis al menesteroso, porque me lo dais á mí en él, y yo os guardaré el premio en el cielo.

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

DON GASPAR BONO SERRANO,

POETA ARCADE.

(Continuación.)

Las obras poéticas de Villalobos, Juan de Mena, Cristóbal de Castillejo, Garcilaso, Herrera, Boscan, Rioja, Leon, los Argensolas y Villegas, y las de los modernos Cadalso, Diego Gonzalez, Jovellanos, Melendez, Lista, Arriaza, los dos Moratines, Quintana, Cienfuegos, Noroña y otros de los reinados de Carlos III y Carlos IV, ocuparon la atención de aquella juventud laboriosa, que destinó largas horas en la *Academia de Apolo* al estudio y meditación de tan ilustres vates, gloria imperecedera de España. También se leyeron en aquella reunión algunos tomos de Hugo Blair, Batteux y La-Harpe. Finalmente, nuestros jóvenes académicos aprendieron de memoria, y recitaron en presencia de sus compañeros, varias poesías escogidas de los más esclarecidos poetas, antiguos y modernos, españoles y extranjeros. Cosca Vayo, muy aficionado á Ercilla, dijo un canto sobre la guerra de Arauco, sin equivocarse un verso. Lo mismo hicieron Arolas y Bono Serrano, recitando literalmente aquél el segundo libro de la *Eneida* y la primera égloga de Garcilaso, y el vate aragones la epístola de Horacio á los Pisones y algunas odas de Fr. Luis de Leon, que ha sido siempre el poeta favorito del señor Bono Serrano.

Estas continuadas y laudables tareas, no podían menos de producir los más felices resultados. La mayor parte de aquellos jóvenes estudiaban entonces leyes, cánones, teología ó medicina. Pero preciso es confesar que la grave austeridad de las ciencias á que se dedicaban, no podía impedir que prendiese y se avivase en sus ardientes cabezas el sagrado fuego, ó sea la afición y entusiasmo por la poesía, más propia de la adolescencia y mocedad, que de la edad madura y de la vejez, poco propensas á ilusiones y sueños de poetas. Para inflamar con más ardor la imaginación de aquellos alumnos de las Musas, contribuyó mucho la ciudad del Cid con sus bellísimos y poéticos recuerdos, la patria de Gil Polo, justamente ufana por

sus privilegiados y admirables ingénios, y por ser dicha madre de Ribera, Juan de Juanes, Ribalta y tantos otros inspirados y sublimes discípulos de Apéles y Timantes; contribuyeron la serenidad de aquel cielo, siempre puro y despejado, las apacibles y deliciosas riberas del cristalino y risueño Turia, *formosus Turia ripis*, como cantó un dulcísimo vate de la antigüedad; contribuyeron aquellas amenas y fertilísimas riberas, cubiertas todo el año de vistosas y aromáticas flores, por las que en todo el mundo Valencia es conocida con el justo y hermoso renombre de *Jardín de España*.

V.

Vayo publicó por entonces un tomo de versos de 200 páginas, no escasos en verdad de gusto y de ingenio. También dió á luz el *Voileano* ó la *exaltación de las pasiones*, y algo después los *Terremotos de Orihuela*, y la *Conquistista de Valencia*; tres novelas que podríamos llamar notables con razón, considerados los pocos años del escritor en aquella época. Otro de los académicos de Apolo escribió un bello elogio ó panegírico del sabio D. Gregorio Mayans, que premió la *Real Sociedad de amigos del país de Valencia*. Todos, en suma, imprimieron en el *Diario* (único periódico entonces en aquella capital) algunos versos, leídos y aprobados antes en Corporación. La composición poética que no recibía el voto favorable de todos, ó la mayor parte de los socios (según los Estatutos de aquella Academia), no podía darse á luz con el nombre de su Autor al frente. Si alguno desobedecía en esta parte; ó pagaba un duro de multa, ó era despedido de la Corporación, y borrado, por consiguiente, su nombre del Catálogo de los Socios de Apolo.

Vamos á poner ante los ojos de nuestros lectores algunos fragmentos de dichas composiciones poéticas. Comenzaremos nuestra dulce tarea con versos del Presidente Kosca Vayo, como es justo.

Á DIOS.

ODA.

Si alzo al cielo las palmas
Y los llorosos ojos,
Al rosear la aurora el firmamento,
Tú, oh Dios, mis penas calmas,
Tú, calmas mis enojos,
Llenando el pecho celestial contento:
Tú á mis preces atento
Desde tu trono de oro,
Vibras rayos de vida y cesa el lloro.

Cuando en la selva humbria,
Cerrada de arrayanes,
Sube el incienso y se derrama al viento,
Se arroba el alma mía
Y cesan mis afanes
En tan suave y nuevo elevamiento,
Y entonan lenguas ciento
Tu nombre y tus loores,
Al aire dando en holocausto flores.

Desde el Olimpo Santo
Do brillas almo y puro,
Ves á tus piés en coros las estrellas:
Ves del hombre el espanto,
Cuando del cielo oscuro
No vierte el claro sol sus luces bellas:
Y al oír sus querellas
Exclama: ¡Oh, alegría!
"Que la luz sea," y es el rubio día.

Desde la nube lanzas,
Con relumbrante diestra
El rayo vengador contra el impío.
A quién, oh Dios, no alcanzas?
¿Y qué es la fuerza nuestra
Al lado de tu inmenso poderío?
Tú conviertes en río
El arroyo que brota
De una peña del monte gota á gota.

Salve, oh Padre del mundo,
De los hombres consuelo,
Dulce principio y fin de la natura.
Tú no admites segundo
En el orden del cielo,
Sentado de las nubes en la altura,
Tu faz augusta y pura
Allí muestras radiante,
Cuando mueves tu carro hondi-tonante, etc.

Otra oda publicó el mismo Vayo el miércoles 30 de Mayo de 1827, de la que vamos á copiar las primeras estrofas.

DOMINGO HÉVIA

(Se continuará.)



LEYENDAS DE NOCHE-BUENA.

DEL BELLO LIBRO QUE CON ESTE TÍTULO ACABA DE PUBLICAR
EL INSIGNE POETA D. VENTURA RUIZ AGUILERA, Y DEL
CUAL NOS OCUPAMOS EN LA REVISTA.

I.

El viento del Norte frío
Por afuera brama ronco;
Echa en el fuego ese tronco,
Nos dará luz y calor.
Y al són del chisporroteo
De la leña que se abrasa,
Celebraremos en casa
El Nacimiento de Dios.

Eh, tú cuida de la cena!
A la cama no hemos de ir;
Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

II.

Cómo tiritaba la abuela!
Dando está diente con diente;
Véngase al hogar caliente,
Anciana... arrímese bien.
Eh! ¿no ves que las castañas
Se queman?... hay más enojos!
No se duerma! Abre los ojos
Y dá vuelta á la sarten.

Echa vino... el vaso llena,
A la cama no hemos de ir;
Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

III.

¡Decís que os cuente la vida
Del Rey de tierras y cielos?
Acercaos, rapazuelos,
Y el áspero *rum, rum, rum*,
Cese ya de las zambombas,
Y el *tan, tan*, de los tambores,
Y el cantar de los cantores,
Y atención... y haya quietud.
Sólo tu ronquido suena,
A la cama no hemos de ir;
Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

IV.

Há ya siglos, muchos siglos,
De un establo en lo profundo,
Nació el Redentor del mundo
Y con él la libertad.
Pobre, como hijo del pueblo,
No tuvo mantillas reales,
Sino modestos pañales
Que le dió la caridad.

Tengo sed... el vaso llena!
A la cama no hemos de ir;
Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

V.

Después, con dulces palabras
Predicó á la muchedumbre
La igualdad, la mansedumbre,
El trabajo y el amor.
Mas como con su elocuencia
Al infierno destruía,
Sobre el Hijo de María
El infierno se lanzó.

¡Por vida de... Magdalena!
A la cama no hemos de ir;
Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

VI.

A su voz el viejo mundo,
Socavado por mal lento,
Bamboleó en su cimiento
Amenazando caer.
Por eso los que vivían
De la maldad, se juntaron,
Y la muerte decretaron
De Jesús de Nazareth.

Aún es poco! el vaso llena!
A la cama no hemos de ir;
Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

VII.

Triste cruzar le vió el pueblo
La calle de la Amargura,
Y luego en árida altura
Enclavado en una cruz.
En ella, como otros justos,
Al fin murió, entre ladrones;
Pero en ella las naciones
Ven de su gloria la luz.
Celébralo tú, morena!
Ya el sueño se quiere ir;
Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

HISTORIA DE UN DIAMANTE

Paseábamos por la orilla del mar, en una de las noches del transcurso estío, y admirábamos con el corazón henchido de entusiasmo aquel movable espejo que se confundía a lo lejos con la bóveda del cielo, y en el cual, más que en ninguna otra maravilla de la creación, está grabada la inmensidad del espíritu divino.

La noche era borrascosa. Cárdenos relámpagos iluminaban los palos de los buques con su luz siniestra, y los estampidos del trueno respondían al sordo mugir de las ondas que se estrellaban furiosas contra las embarcaciones, amenazando hundirlas en su seno.

—Ay! exclamé. ¡Cuán loco es el hombre que por un puñado de oro se lanza a esas frágiles naves, dejando patria, amor, felicidad y reposo!

—Y mucho más cuando ese oro, me contestó un anciano de blanca barba y aspecto venerable, suele conducirle a la desdicha. En corroboración de esta verdad, voy a contaros una historia bien singular que he recogido en mis largos viajes, y que prueba hasta la evidencia que la codicia siempre redundará en daño del mismo que se abrasa con su fuego.

Y nos refirió la que os transmito, amables lectores, pues quedó hondamente grabada en mi memoria.

“En los floridos vergeles de la América, y cerca de la coqueta ciudad de Guatemala, elevábase un palacio de aspecto tan bello, como riente y lozana era la naturaleza que se extendía a su planta. Habitaba en él D. Luis Vergara, que era el padre de los pobres y el consuelo de los míseros afligidos. No lejos del palacio tenía su choza un pobre negro, llamado Jacobo, que, inhábil ya para el trabajo, vivía a espensas de su caritativo amo. El único consuelo de Jacobo era un hijo de corta edad, que arrastraba como él la pesada cadena de esclavo, y mil veces, al pensar en su futura suerte, se inundaban de llanto sus mejillas.

Un día, jugando el negrito con las chinás de un arroyo, vió relucir entre las aguas una piedra que, sin ser herida por los rayos del sol, despedía vivísimos resplandores.

Guardóla porque era tan bella, y al tenderse por la noche en la miserable estera que le servía de lecho, la dejó caer al suelo. Hallóla su padre al día siguiente, y recelando que pudiese tener algún valor, la llevó a su amo para que la examinase.

—Vuestra fortuna está hecha, dijo éste al verla. Es un diamante de tan alto precio, que podéis comprar con él todo el país que alcance vuestra vista desde el más alto picacho del monte que nos domina; pero guardate de pensar en ir a venderle; guárdate sobre todo de hacer público el hallazgo, porque serías al instante asesinado.

—Qué debo hacer, pues? preguntó el negro aterrado.

—Déjame en depósito y cuando vaya a la ciudad le venderé yo mismo.

Jacobo tenía confianza en su amo, y postrándose a sus pies, le besó las manos; pero al salir de allí, incapaz de dominar su loco júbilo, divulgó imprudentemente su secreto.

Una noche, cuando las nubes bajaban a besar las espumosas ondas de los lagos, y la naturaleza se entregaba en silencio a las dulzuras de sus misteriosos amores, la cabaña del viejo se vió rodeada de hombres enmascarados, que hicieron saltar hecha astillas su débil puerta. Precipitáronse en su interior, y encendieron algunos hachones. Jacobo dormía profundamente, abrazado con su hijo, y soñaba en voz alta con las riquezas y la felicidad.

El jefe de aquellos foragidos mandó encender una hoguera, y luego, descargando un golpe en la espalda del viejo, le sacó bruscamente de su dorado sueño.

—Entrégame tu tesoro, le dijo con voz amenazadora. Jacobo se restregó los ojos, creyendo que todavía soñaba.

—Entrégnos el tesoro, repitió el desconocido, ó vas a ser sepultado juntamente con tu hijo entre las abrasadas ruinas de tu choza.

El negro comprendió por fin la espantosa realidad; pero se trataba de la fortuna de su hijo, y permaneció impasible.

—¡Ves esa llama azulada que se levanta entre nubes de humo y empieza a serpentear por las paredes? Dentro de poco subirá hasta el techo, y tu casa se trocará en escombros, le dijo el bandolero.

El negro se mesó los cabellos con desesperación, pero guardó silencio.

Entonces, los despiadados verdugos fueron arrojando a la hoguera cuantos muebles encontraron a mano, y la hoguera creció, creció, creció, y tragando con sus mil lenguas de fuego el carcomido techo, subió gigantesca hasta amenazar a las nubes; mientras los enmascarados, circunvalando la cabaña, insultaban con sus infernales carcajadas al desventurado anciano. Este, transido de pavor, se arrojó a los pies del jefe y le reveló su secreto.

—No está en tu poder? Mientes! gritó éste. Y en vano apelas a ese subterfugio para ganar tiempo y salvar el tesoro.

—Ah! decía el pobre viejo, arrastrándose a sus pies, y bañándose con su llanto; ¡no veis que mi hijo va a morir, y aún dudais de mis palabras! Si no sois padre, lo seréis: piedad de mi tormento... Salvadle... a él solo... salvadlo, y moriré bendiciendo vuestro nombre.

—Socorro... socorro... me ahogo... me quemo... agua... agua... gritaba el niño, corriendo aquí y allá con las manos cruzadas.

—Gracia! gracia! exclamaba el triste padre entre sollozos.

Pero sólo respondían a los gemidos de entrambos las maldiciones de su verdugo y las feroces carcajadas de sus secuaces.

Un horrible estruendo vino a poner fin a esta desgarradora escena. Las paredes de la cabaña se desplomaron, y las tristes víctimas quedaron sepultadas entre sus candescientes ruinas.

—Creéis cierta su revelación? preguntó el jefe a sus compañeros.

—En nuestra mano está el averiguarlo.

—Volemos a la quinta de Vergara.

Los verdugos abandonaron el teatro de su crimen.

También dormía el señor de Vergara. Dormía profundamente, como duermen los que tienen el alma exenta de remordimiento, y cuando despertó vió también cercado su lecho por los siniestros enmascarados que, poniendo sobre su pecho la fría hoja de un puñal, le pidieron el precioso depósito en nombre de Jacobo.

—Cómo! exclamó Vergara con amargura, ¡necesita acaso valerse de puñales para reclamarlo!

—Luego confías que se halla en tu poder?

Vergara conoció que había dado un paso en falso y en vano quiso retirar su confesión.

Le atormentaron con tanta barbarie, que el infeliz exclamó al fin con voz doliente:

—Levantad esa tabla del pavimento; allí está escondido. El jefe de los bandoleros se inclinó precipitadamente, y la máscara cayó a sus pies.

Vergara soltó un grito de horror: ¡acababa de reconocerle!

Entre tanto el asesino guardaba en el pecho el codiciado diamante, y arrojando todo el oro que encontró, a los pies de sus compañeros, se dió prisa en abandonar el aposento, diciéndoles:

—Me ha conocido, y debe morir!

Cuando los demás, después de repartirse el botín, se decidieron a seguirle, Vergara era ya, según creyeron, un inofensivo cadáver.

Pero se engañaron: al cabo de algunos instantes recobró los sentidos, y arrastrándose hasta el lugar en donde se hallaba la campanilla, la agitó con tanta violencia, que acudieron espavoridos los criados, junto con su hermano Enrique.

Vergara le estrechó entre sus ensangrentados brazos, y le reveló en voz baja la causa de su muerte y el nombre

de su asesino. Aún no había acabado su confesión, cuando rindió el aliento.

La noticia de su muerte fué de desolación para el país, y se tributaron sinceras lágrimas a su memoria.

Enrique, sobre todo, quedó sumido en una preocupación inaudita. Unos creían que el dolor le abatía, otros que aspiraba a la venganza; pero todos se engañaban. Enrique sólo pensaba en el fatal diamante, y sólo imaginaba los medios de recobrarlo.

Un día se dirigió a una antigua mansion colocada, como el nido del águila, en las gargantas del vecino monte, y endonde habitaba un sobrino suyo, que había derrochado todo su patrimonio en las crápulas y el juego. Hallóle entregado con sus compañeros a los brutales goces de una orgía, y merced a su embriaguez logró adquirir la certeza de que el diamante obraba aún en su poder. Consiguió más: mostrándose dueño del secreto, recabó de él que le llevase al lugar donde le tenía escondido. El sacrilego no había dudado en ocultarlo debajo del manto de una Virgen que se veneraba en su capilla.

Enrique quedó deslumbrado con el brillo del diamante, y se alejó asegurándole el secreto.

Aquella misma noche, cuando los disolutos jóvenes dormían entre los despojos del festín, al resplandor de los ya casi consumidos hachones, un destacamento de tropa sorprendía a los tres negros que se hallaban, como siempre, de centinela en la puerta, y entrando en el salón aherrajaron a los embriagados comensales, que fueron a despertar en los sombríos calabozos de Guatemala.

Enrique entre tanto se dirigió solo a la capilla, levantó el manto de la Virgen, deshizo uno por uno todos sus pliegues; pero no encontró el diamante.

Su sobrino, desconfiando de él, a pesar de su embriaguez, lo había ocultado en su pecho.

Preso entonces Enrique de un frenético delirio, notó en arrancar a la efigie sus sagradas vestiduras, y al convencerse de la inutilidad de sus pesquisas, la arrojó con furor sobre las losas. La Virgen al caer produjo un sordo ruido, que repitieron todos los ecos del palacio, y que penetró en su empedernido corazón como la fría hoja de un puñal.

Entonces, lleno de pavor, fijó sus miradas en la imagen y le pareció que sus ojos de mármol despedían un brillo amenazador, y que sus labios se movían para lanzar una maldición sobre su culpable cabeza.

Fuese efecto del terror, fuese castigo del cielo, el infeliz soltó una estúpida carcajada y huyó de la capilla gritando.

—¡Paso al poseedor del diamante, paso!

Enrique estaba loco.

El asesino de Jacobo y Vergara fué condenado a muerte. En el acto de sentarse en el fatal banquillo, sacó de la boca un diamante y se lo dió al verdugo.

¡Sólo en el momento supremo de la muerte se decidía a desprenderse del funesto tesoro que le había arrastrado hasta aquel sitio!

Cayó la cuchilla sobre su cuello, y la justicia de los hombres quedó cumplida.

El verdugo se dirigió *incontinenti* al barrio de los judíos.

—Samuel, dijo entrando en la tienda de un amigo, el que acabo de ajusticiar me ha regalado esta piedra; dame por ella lo que quieras, pues tengo sed y deseo ir a la taberna.

El judío, procurando dominar su alegría y su sorpresa, le entregó quince monedas de oro.

—Tanto! exclamó el verdugo estupefacto.

—En tu poder no tendría más valor que el de una piedra común; pero ya sabes que poseo el secreto de pulimentarlas.

El diamante fué vendido por el judío a la Inglaterra en un precio fabuloso, y es uno de los que adornan actualmente la corona de la soberbia reina de los mares.

ANGELA GRASSI.

NAZARETH.

El viajero que recorre la Palestina, apenas encuentra una colina, valle, torrente, fuente, ciudad ni aldea, que no haya sido residencia de algún personaje conocido, ó teatro de algún acontecimiento relacionado con la historia de la Iglesia de Jesucristo. Cada punto, por pequeño que sea, trae a nuestra memoria mil recuerdos sagrados. Por esta razón, el viajero que pasa por allí, visita casi cada hora alguna localidad sagrada. Así, por ejemplo, un día sale a caballo por la parte Sur de Jerusalem, después de dejar la ciudad por la antigua torre judía en la puerta de Jaffa, cruza la llanura de Rephadim, pasa al lado de la tumba de Raquel, visita a Rethlehem, bebe agua en la

piscina de Salomon, se detiene en el campo de Mambré, y por la fuente de Abraham vuelve hacia los viñedos de Eshcol y termina en el Hebron.

De todos los caminos de la Tierra Santa, el más notable es el de Jerusalem á Nazareth, que atraviesa todo el país que fué teatro de los sucesos de la Sagrada Escritura. Ninguna parte de la Palestina, sin embargo, presenta un aspecto de desolada grandeza que cause más impresion que estos distritos montañosos de Samaria y de Galilea. En las tres jornadas que hay de Jerusalem á Nazareth, todo el panorama de la Biblia se desarrolla, por decirlo así, desde el punto donde el hijo de Jacob fué vendido por sus hermanos hasta Nain, donde el Divino Salvador le devolvió á la viuda su hijo. Desde allí, cruzando la llanura, y subiendo las colinas de Galilea, que se levantan bruscamente del llano, el viajero descubre las blancas casas de la ciudad, que yace en una especie de nido verde en estas colinas aisladas, y á la que dan el nombre de Ciudad-Blanca ó Flor de Galilea. Una jornada por el moderno Nazareth hay que hacerla, sin embargo, por bazares estrechos y llenos de gente, y por callejuelas sucias, hasta que más allá de los arrabales se ven los árboles de un venerable bosquecillo de olivos donde están plantadas las tiendas.

El lugar sagrado de la Anunciación pretenden los Griegos que le ocupa su iglesia, que está en un extremo de la ciudad, y los Latinos á su vez sostienen que está en la suya, que se halla al otro extremo. El convento de los franciscanos ocupa el sitio que ocupaba la casa de la Virgen. Los alrededores de la ciudad son muy hermosos, y tienen una multitud de granados, olivos y viñas que les dan sombra con su hermoso, pero oscuro follaje. La población cuenta unas 3.000 almas, y aunque es pobre y miserable en muchos conceptos, sus tradiciones la hacen muy interesante en la Tierra Santa. Además del convento y de las iglesias, hay un Khan y una mezquita. A corta distancia de la ciudad existe una capilla edificada sobre el sitio que se dice que ocupaba el taller de San José, y la fuente de la Virgen está á unos 500 pasos de distancia, donde hubo en otro tiempo una iglesia dedicada al Arcángel San Gabriel. El manantial de la fuente se halla dentro del convento griego.

La mesa de Nuestro Señor, á la que se sentó muchas veces con sus discípulos, según se dice, se manifiesta en el convento de los franciscanos. El grabado que damos con este artículo representa la vista general de la ciudad.

MARIA STUART.

SU DRAMÁTICA VIDA Y REINADO.

1542.—1587.

XXVI.

El Parlamento aprueba la sentencia de María.—Isabel la sanciona.—Intervención de Francia en el asunto.—Cómo se desentendió Isabel de ella.—Notifícase á María su sentencia.—Prepárase á morir.—Su testamento.—Sus últimas cartas.—Imprescindibilidad de las notas en las obras históricas.

La comisión nombrada para entender en el procedimiento de María, dictada que fué la sentencia, dió por terminado su cometido y se disolvió. Para darla mayor carácter de legalidad no quiso Isabel sancionarla sin que

norancia, secundaran la crueldad de su graciosa soberana aprobando el veredicto de un tribunal á todas luces incompetente y arbitrario. Aún hizo más el Parlamento. Envió un mensaje á Isabel, en el que se la suplicaba en-

carecidamente que sancionara la sentencia de la Reina de Escocia, para no incurrir en el enojo celeste y llamar los castigos de la justicia de Dios sobre el pueblo inglés, por cuya salud estaba encargada de velar. Esta conducta baja y ruin de hombres que habían vendido su conciencia á la asquerosa Reforma, excedía de cuanto Isabel deseaba, y ponía á salvo su responsabilidad ante la Europa entera; por lo que, afectando estar conmovida con el sincero amor de sus leales súbditos, y haciendo alarde de una compasión despreciativa hacia la infortunada víctima de su inicuo proceder, con todo el dolor de su alma, dijo, sancionaba la sentencia, por convenir así al bien y seguridad de su pueblo. Su contestación al mensaje del Parlamento estaba redactada en términos artificiosos, y concluía diciendo: "que si había accedido á su petición, era para probarles su gratitud, yendo contra los sentimientos de su alma, siempre inclinada á la clemencia, como sabía toda Inglaterra." Los Lores y los miembros de los Comunes aplaudieron aquel rasgo de justicia de Isabel, y ésta envió enseguida á Fotheringay á lord Buckhurot y al *clerk* del consejo, Roberto Beale, para que comunicaran la sentencia de muerte á la real condenada.

Toda esta farsa político-judiciaria no pudo representarse con tanta reserva, que los representantes diplomáticos acreditados cerca de Isabel no tuvieran conocimiento de ella, escandalizados por la infracción que se cometía de un principio legal admitido por todas las Cortes de Europa, cual era la inviolabilidad de las testas coronadas. El embajador de Enrique III, cumpliendo las secretas instrucciones que para el caso se le habían comunicado, intervino en el asunto desde un principio. En vano Mr. de Chateaufort hizo en favor de la desgraciada María cuanto le era dable; pero Isabel y su ministro Walsinghame desestimaron las notas del embajador francés, alegando que su plenipotencia no se extendía á un caso especial como aquel, que requería un enviado extraordinario. Chateaufort dió conocimiento á su rey, sin pérdida de tiempo, y Enrique, conformándose con las prácticas cancllerescas, nombró á Mr. de Bellievre para aquel negocio, el cual, provisto de sus correspondientes credenciales, llegó á Londres el 1.º de Diciembre de 1586, y aunque solicitó audiencia el mismo día, no le fué concedida hasta el 7. Mr. de Bellievre era un hábil diplomático; pero sus trabajos todos, sus generosos esfuerzos se estrellaron ante la inflexibilidad de Isabel, que contestaba á sus eruditos razonamientos que "la seguridad de su reino y aun su vida peligraban mientras existiera la reina de Escocia."—Bellievre se convenció de que aquella cues-



VISTA GENERAL DE NAZARETH.

antes la aprobara el Parlamento. En su consecuencia reunióse éste en Westminster, para que los Lores y miembros de los Comunes, probando una vez más su despreciable servilismo, y demostrando tanto fanatismo como ig-

estrellaron ante la inflexibilidad de Isabel, que contestaba á sus eruditos razonamientos que "la seguridad de su reino y aun su vida peligraban mientras existiera la reina de Escocia."—Bellievre se convenció de que aquella cues-



1054

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Prim II, 3.

tion había sido prejuzgada, y que sería inútil cuanto se intentara por la vía diplomática. A pesar de ello insistió y con energía dijo, en tono un tanto amenazador, que:— «Su rey quedaría particularmente muy ofendido, por que semejante proceder, que muy bien podía calificarse de criminal, era evidentemente contrario al interés y decoro de todos los monarcas del mundo.»—Isabel, encolerizada al oír aquellas palabras, le contestó con furioso ademán:— «Mr. de Bellievre, ¿os ha mandado el rey mi hermano usar conmigo tal lenguaje?—Sí señora, repuso el embajador: mi soberano me lo ha encargado expresamente. —Teneis ese poder firmado de su mano?— Le tengo en cartas firmadas de su puño y letra.—Me dareis copia de ellas.»—Y le despidió sin quererle oír más. Aquello es-

los actos piadosos que confortan el espíritu del moribundo y alientan su fé y su esperanza. Rezos, lecturas, meditaciones, penitencias, tales fueron los entretenimientos de María desde el día en que se le anunció su muerte, como á una criminal vulgar. A la par que á los intereses de su alma, quiso atender también á los que dejaba en la tierra, y escribió su testamento; en él recompensó generosamente á sus servidores, y cuyo curioso documento, lo mismo que otros referentes á esta desgraciada princesa, no muy conocidos por haber tenido poca publicidad, comunicaremos á nuestros lectores en el último capítulo de esta narración, siquiera sea para hacerla más completa y por el interés que no dudamos debe inspirarles. (1)

Cumplido este moral deber, las afecciones de familia,

figurémonos en lo que es y debe ser la historia. Espejo fiel de la verdad, como la llamó Cicerón, su estilo y su forma no pueden tener la mejor unidad y hasta monotonía que en otros géneros literarios se requieren. La historia necesita ilustraciones, y el historiador debe ampliar su juicio citando el de otros autores que ántes que él hayan tratado el mismo asunto. De ahí que sean imprescindibles las notas en las obras históricas, medio claro y sencillo para ingerir en una narración las opiniones y comentarios que sobre el tema mismo sean más aceptables por su fundamento, sin confundir la inteligencia de los lectores con una difusión de citas interpoladas en el texto. Dicho esto en defensa de las notas que irán al fin, y de las que hemos usado muy poco en esta obra, damos



LA PLAZA MAYOR DE MADRID EN NOCHE-BUENA.

taba visto, era asunto perdido. Partió Bellievre á París, llevando solamente de Isabel la promesa de que informaría al rey su resolución respecto al negocio de la reina de Escocia, lo que era equivalente á decirle que había perdido el tiempo y que no esperase se modificara su resolución por atender á una reclamación que, aunque de familia, conceptuaba oficiosa en todas sus partes.

Mientras tanto á la víctima, que veía cada día aumentarse sus torturas, le fué notificada la sentencia aprobada por el Parlamento y sancionada por Isabel. María la oyó sin turbarse, dando gracias á Dios por haberla escogido como instrumento para enaltecer la religión católica derramando su sangre por ella. Desde aquel momento sufrió con admirable resignación cuantas injurias la prodigaron y la insolente dureza con que el fanático Paulet la trató hasta el instante mismo de su muerte. Próxima á comparecer á la presencia de Dios, y privada de su capellán, que le quitaron para aumentarse su suplicio, se preparó ella misma á morir entregándose asiduamente á todos

los vínculos sociales, la ferviente adhesión á la Iglesia católica, la gratitud por el interés que le habían demostrado muchos príncipes y altos personajes, reclamaron su atención. Empleó algunos días escribiendo sus últimas cartas al soberano Pontífice Sixto V, á Felipe II, al duque de Guisa, á Enrique III, á D. Bernardo de Mendoza, á su hijo, y hasta á su verdugo, la implacable Isabel. Para todos tuvo una afectuosa frase de cariño, de todos impetró el perdón del que vá á dejar el mundo, resignado con su suerte.

Esos últimos tristes detalles, si bien se consideran, remontan á gran altura el nombre célebre de María Stuart.

Un momento: dejando el curso de nuestra narración,

(1) Comprenderán el último capítulo de esta obra el testamento y demás documentos que, reputados todos por auténticos, deban ilustrar la vida de María Stuart, algunos de los cuales no se han publicado todavía, que sepamos, en nuestro idioma.

fin á este capítulo, para continuar en el próximo la historia de la desgraciada María Stuart.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGAS.

(Se continuará.)

EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

CAPÍTULO XVI.

ENTRADA DE ANGELA EN EL CONVENTO Y OTROS SUCESOS.

Por más que rogué, supliqué y lloré, Angela se empeñó en entrar de novicia en el convento de Santa Bárbara.

Yo misma la conduje en mi coche, y la recomendé con la mayor eficacia á mi tía, regresando despues á mi casa loca de dolor.

Por espacio de quince días, General, estuve sin saber lo que me pasaba; poseída de una desesperación cruel, me echaba en cara la desgracia de Angela y Leopoldo; aborrecía mi funesta belleza, causa de tantos males. ¡Cuánto mejor le hubiera sido á la infeliz bordadora no conocerme! Oh, amigo mío! ¡yo estaba maldita de Dios, que no me perdonaba la muerte de Irene! ¡Un terror religioso se apoderó de mí, y oraba con fervor para que el Señor me perdonase. Veía todos los días á mi querida Angela, la que sufría sus desgracias con una resignación de mártir. Su ejemplo y el de mi tía me impresionaron en unos términos tales, que al cabo de dos meses de llevar aquella vida, pedí á mi padre permiso para retirarme al convento en compañía de mi tía.

El se opuso enérgicamente, y tanto fué lo que rogó que desistí de mi propósito.

Pasó el tiempo.

Un día que fui á ver á Angela, la encontré anegada en lágrimas, lo que me sorprendió en extremo, porque tenía una paciencia evangélica. Me explicó en dos palabras la causa de su dolor.

Leopoldo había cumplido su palabra, haciéndose matar en el primer combate.

Lloré con mi amiga, y regresé al lado de mi padre más sombría que nunca. ¡Aquella muerte también la tenía yo sobre mi conciencia! Sin su funesto amor por mí, el infeliz joven no habría muerto. Oh! Augusto, estaba ya probado; mi presencia no podía causar más que infortunios, aun para los que más quería. Yo, como el escorpión, contaminaba lo que tocaba, y mi vista era el más activo veneno para quitar la vida.

En mi casa me aguardaba una grata sorpresa: mi primo Luis, al que mi padre hiciera venir sin saber yo nada.

Mi primo me habló con el más puro cariño; me amaba siempre, y nuestra entrevista fué en extremo tierna.

Luis quiso curarme de mi misticismo religioso, y para ello dijo á mi padre que abandonásemos la Coruña y fuésemos á Salamanca. El buen señor no deseaba otra cosa, pues hacia tres años que faltaba del país que le viera nacer, y deseaba volver á él. Cuando me lo dijeron, me negué fuertemente, porque mi cariño á Angela era extremado, y no quería separarme de ella. Al fin tanto y tanto me rogaron, que di mi consentimiento derramando lágrimas; pero con la condición expresa de que me traerían á ver á Angela todos los años. Mi padre accedió, y fui á despedirme de mi amiga.

La pobre Angela fué la primera en animarme: me desprendí sollozando de sus brazos y de los de mi tía, y entré en el coche de camino llena de amargura.

Durante nuestro viaje, mi primo se atrevió á hablarme de nuestro deshecho casamiento, y yo, por complacer á mi padre, y queriendo además recompensar su constancia, le di el deseado sí, y le hice la promesa de que se vería al llegar á Salamanca.

Con esto la alegría de mi padre y Luis fué extremada, y yo, consolada al verlos tan alegres, llegué á Salamanca con la idea de hacer á dos seres felices: ¡yo, que había hecho ya tantos desgraciados!

En Salamanca fui recibida con el más loco entusiasmo, volviendo á ser la estrella, la reina, la hermosa entre las hermosas. Habían pasado ya tres años desde la muerte de Irene, tres años que yo había estado viajando. Ninguna persona de la familia de Valdelirios vivía en la ciudad. La vieja marquesa y su hijo estaban en Madrid; así era que todos habían olvidado la triste muerte de Irene, y á la que había sido su causa.

Amigo mío! Se olvidaba tan pronto á los que mueren! Hallé á mi amiga Leocadia convertida en una gruesa matrona, rodeada de tres hermosos niños. "Cásate, Magdalena, y verás qué bien estás," me dijo. Voy á hacerlo al momento la contesté yo. "Y con quién?" con mi primo Luis. Leocadia se sonrió con cierto airecillo de duda. ¡Y, sin embargo, yo le hablaba con verdad al decirle que me uniría á Luis!

Todo se estaba arreglando para efectuar nuestro enlace. La dispensa se había impetrado del Papa, y se esperaba de un día para otro.

Los ricos trajes de novia me habían llegado de París, y el de desposada, regalo de Luis, no podía ser más lujoso.

¡Quién diría, General, que un matrimonio, al que faltaban días para llevarle á cabo, no se había de verificar? Cuando me vi otra vez en Salamanca, donde había brillado tanto, y donde tanto podía aún brillar, la vanidad! la vanidad! maldita pasión que me dominaba, volvió á apoderarse de mí. Me olvidé de Angela, de sus consejos virtuosos, para no atender más que á mi perverso orgullo.

Yo venía de llamar la atención en dos de las poderosas cortes de Europa, y á pesar de esto, nada me halagaba tanto como el incienso que se me prodigaba en mi país, en donde había nacido y tenía más afecciones.

Angela no estaba á mi lado, para con sus puras virtudes detenerme al borde del abismo. Mi vanidad, como siempre, fué lo que me impidió casarme con mi primo. Como las bases de mi educación habían sido malas, volvía siempre á ellas.

Si los gérmenes de una semilla son malos, por mucho que la planta se cuide no dará nunca buen fruto. Así me pasó á mí. La semilla de mi educación no había podido ser peor, y aun cuando Angela la modificara algo, al verme separada de su lado, volví á mis antiguos hábitos.

General, amigo mío! Ahora más que nunca necesito de su bondadosa indulgencia! En el trascurso de mi calamitosa historia, sólo le hablé á V. de personas que no conocía, y que debían serle indiferentes; pero ahora voy á hablarle á V. de una persona querida... no me atrevo... casi á decirlo... de su hermana Ernestina.

Ernestina! Angel puro de bondad! Ernestina, que ningún daño me había hecho! y, sin embargo, á quien yo causé la desgracia! porque me hacia frente! ¡porque rebajaba mi tan célebre y ponderada hermosura con su claro y brillante talento!

Augusto, esta es la mancha de mi vida que yo siento más por ser Ernestina hermana de V.

No quiero adelantarme demasiado. Oh! Perdóneme V. todo el mal que hice á su hermana querida, y créame V. Sí! por Dios, créame V. ¡Nunca hubiese hecho lo que hice, á saber que quitaba á un hijo su padre!

Nó! mil veces nó! Sólo creí arrebatarse á una joven su amante, porque si hubiese adivinado que existía entre ellos un compromiso tan serio, la maldición de Dios caiga sobre mí si miento, no hubiese cometido semejante infamia.

Augusto, tenga V. valor para leer lo que le falta de este manuscrito, y acuérdesse V. que ahora más que nunca me es necesaria su bondad é indulgencia.

CAPÍTULO XVII.

LA BELLEZA DEL TALENTO (LA PERLA DEL TORMES).

El día que llegó la dispensa para el enlace de Luis conmigo lo solemnizamos con una comida de familia: en ella Leocadia propuso que fuésemos al teatro, lo que yo acepté con placer.

Mi padre no pudo ir conmigo; pero lo hizo Leocadia y mi primo. En el teatro se nos reunió el esposo y hermano de Leocadia, joven literato de un aventajado talento.

Se ponía en escena el drama de Rubí, cuyo título es *Borrascas del corazón*. La pieza era preciosa y la ejecutaban muy bien, en términos que reinaba en el teatro el más religioso silencio, y todos los espectadores fijaban sus ojos con avidez en el proscenio.

De repente llamó mi atención un joven caballero que ocupaba una butaca en frente de mi palco. Este no se acordaba para nada de la función, y sus miradas no se apartaban de un palco principal que ocupaban dos damas. Tal insistencia en mirar, cuando la atención pública estaba fija en admirar el genio del sublime autor de la comedia, me sorprendió mucho. Esperé con impaciencia que se concluyese el acto para saber quién era el caballero, porque con motivo de mi ausencia no conocía á muchas personas.

Cayó el telón, y mi primo se levantó para ir á comprarme dulces. El hermano de mi amiga tomó asiento á mi lado en su lugar.

—Suarez, le dije, ¿quién es el caballero que está en frente de nosotros?

—Alberto Venamegía!

—Qué clase de persona es? volví á preguntarle.

—El conde de Rosental, me contestó Suarez sorprendido. Pues ¿qué! No le conoce V.?

—Amigo mío, le dije sonriendo, ¿olvida V. que estuve tres años ausente de Salamanca, y que hay muchas personas á quienes no conozco?

—Pues bien, Magdalena, me respondió con aplomo, el conde de Rosental es el novio de la "Perla del Tormes."

—Y quién es la Perla del Tormes?

—Tampoco conoce V. á nuestra joven poetisa!

—Dije á V. ya, le contesté con un tanto de impaciencia, que desconozco á la mitad de la población.

Suarez, sin darse por ofendido por mi desabrido tono, me contestó con finura:

—La Perla del Tormes es la señorita Ernestina Ponce de Leon, una niña de veinte años. Tiene entusiasmada á toda la ciudad y aun á la provincia, con su rico y brillante talento de poetisa. Sus versos son leídos con avidez y delirio en las reuniones, en los casinos y casas particulares. El conde de Rosental, Alberto de Venamegía, opulento grande de Cádiz, leyó una de sus composiciones poéticas en un periódico, y tanto fué lo que le agradó, que al saber que una mujer era su autora, deseó

conocerla, y para ello dejó su hermosa Andalucía y vino á Salamanca. Al ver y tratar á la Perla del Tormes, se enamoró locamente de ella, y no tardará en hacerla su esposa. La joven poetisa es hermana del ilustre General Augusto Ponce de Leon, á quien V. conocerá tal vez. Ahora, amiga mía, añadió con ligera ironía, no se quejará V. de la vaguedad de mis noticias.

—Escierto, le dije yo; me ha dado V. las mayores pruebas de su galantería y amabilidad, aun cuando me parece que con referencia á la señorita Ponce de Leon habla V. con demasiado entusiasmo y parcialidad.

—Qué me dice V., Magdalena! me contestó con fuego; todo cuanto se diga para alabar y ensalzar á Ernestina, es un tributo muy pequeño rendido á su talento. La niña de quien tratamos es un portento, para su edad, y dará lustre á nuestro país. ¡La que á los veinte años, cuando acaba casi de salir de la infancia, escribe tan buenos versos, ¡qué no será á los treinta! Magdalena, yo también me dedico algo á la literatura, y conozco sus grandes y peligrosos escollos; por eso soy imparcial con la poetisa, y como yo lo es todo el que ha leído sus encantadoras composiciones. V. sabe cuánto se ceba la crítica en la mujer que tiene el atrevimiento ó el talento suficiente para ser escritora. V. no ignora la poca indulgencia que tienen con ella los hombres, que con la mayor frescura la mandan que en vez de coger la pluma eche mano de la rueca ó la aguja: pues bien, amiga mía, la crítica no ha tocado á Ernestina; sus poesías fueron acogidas con bondad, leídas con gusto y repetidas con entusiasmo. Si cree V. que mi opinión es parcial, pregunte V. á cualquiera de sus amigos, y le hablará como yo.

Augusto, me disgustó en extremo este entusiasta elogio tributado á su hermana de V. Me parecía un atrevimiento querer quitarme alguna parte de mi fama, querer subir al trono de mi vanidad, compitiendo conmigo. No pude ocultar mi enojo, y pregunté á Suarez con desden:

—Dígame V., Estéban, esa niña es hermosa? ¿Está en el teatro? Con gusto la conocería...

—Que si la Perla de Tormes es hermosa! exclamó pasmado Suarez: qué dice V., Magdalena? ¿Quién será la persona que se ocupe de mirar su rostro al leer sus brillantes composiciones? Magdalena, las mujeres como Ernestina siempre son bellas, porque su hermosura está en sus escritos. Le juro á V., por mi palabra de caballero, que si una mujer como la poetisa me amase, la adoraría con toda la vehemencia de mi corazón, aun cuando fuese un tipo de fealdad. ¡La hermosura, la hermosura del rostro! añadió con desprecio: ¿qué vale al lado de esa otra sublime belleza que se llama talento?

Dígame V., amiga mía, cuando vé V. una pintura linda, un retrato de mujer hermosa, si es V. mujer la envidia V. y ambiciona parecerse á ella; por espacio de un rato tiene V. gusto en mirarlo, pero al fin se cansa y lo deja. Si el admirador es hombre, le contempla extasiado, le seduce y alucina una hora quizá, mas como aquella pintura no le dice nada, acaba por cansarse y aun por aburrirse.

Ahora bien, Magdalena; por el contrario, leemos un buen libro, y este nos entretiene horas, días y hasta meses. Amiga mía, la mujer hermosa, vana y tonta, es la pintura: la de talento, con la que se [puede hablar horas y horas, sin cansarse, sin aburrirse nunca, es el buen libro. A cuál escoge V.?

Aquello era un insulto directo á mi vanidad; pero yo no quise darme por vencida, y le contesté con aire burlón:

—Amigo Estéban, si hay hombres poco indulgentes con los escritos de las mujeres, no será V. á fé uno de esos hombres. Cuánto me alegraré que le toque á V. por esposa una mujer de gran talento, pedante y erudita, que le traiga á V. la casa desarreglada, sus asuntos en desorden, y que cuando V. le pida una camisa planchada, le recite á V. versos, ó lea un pasaje de alguna composición en prosa.

—Magdalena, me contestó él con frialdad, no nos entendemos V. y yo, ó por que yo no me explico, ó porque V. no quiere comprenderme. No soy indulgente con Ernestina, sino justo; y aun cuando lo fuese, no haría más que cumplir con un deber de finura. Para mí en cualquiera escrito de mujer, aunque sea malo, le encuentro su mérito y le leo con gusto; porque, amiga mía, una pobre mujer lo que escribe, bueno ó malo, lo debe todo á su talento natural ó á su imaginación. Nosotros los hombres, Magdalena, cultivamos desde nuestra infancia nuestras disposiciones naturales, y á veces talentos muy medianos llegan á ser brillantes con el estudio. Pero, dígame V., la mujer, qué aprende, qué la enseñamos? Nada! Absolutamente nada. Y por qué? Porque nuestra vanidad nos lo impide y queremos tenerla siempre oscurecida.

A una mujer le basta saber ser buena ama de su casa, decimos. Nécia preocupación!

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Ni una estrella en el cielo, ni una flor en el campo, ni un rayo de sol que venga á dorar los altos miradores, ni las elevadas cúpulas de iglesias y palacios. La naturaleza toda parece aletargada, replegándose bajo el helado manto del invierno; y mientras las pardas nubes entoldan el sombrío horizonte, los desnudos árboles tienden sus descarnados brazos como para ofrecerlos al hacha del leñador. Este es el aspecto que presenta Madrid y sus afueras en los momentos en que escribimos estas líneas. Pero este panorama pertenece sólo á la naturaleza, por que Madrid no reconoce la influencia de las estaciones.

El cielo está sombrío: ¿mas que importa? Los salones están iluminados, los teatros arrojan de su seno torrentes de luz y de armonía; las calles están siempre obstruidas por millares de transeúntes que van, vienen y se agitan, llevando la animación y el movimiento por todas partes.

Los círculos, las reuniones, los bailes, la política, la literatura, la bolsa, la alta banca, el comercio, la industria, el placer, ¿qué necesidad tienen de sol ni de estrellas? En los bailes, en las *soirées* y en los teatros, no faltarán flores de todas clases, naturales, artificiales, y sobre todo esas hermosas flores animadas que se llaman juventud, gracia y belleza.

El invierno es en la corte la estación más galana de todo el año. Durante siete meses, por lo ménos, se está en Madrid suspirando por este querido invierno, que nos trae sobre su nevada espalda tantos y tantos goces; y que, á pesar de su adusta faz, encierra para nosotros mil variados atractivos.

Ya han comenzado esas deliciosas veladas de confianza en que se rinde tanto culto á la belleza y al arte: en donde se ama, se canta, se baila, se murmura y se mariposea. Mientras llega la época de los grandes bailes, estas pequeñas reuniones hacen las delicias de la buena sociedad, y con los teatros comparten el honor de entreteñer á la gente *com'il faut*.

Ya que hemos dicho la palabra, comenzaremos la reseña teatral; y por cierto que por esta vez nuestra tarea es tan fácil como agradable; pues en particular, de los dos principales de verso, Español y Circo, sólo uno podemos decir.

Comenzando, como siempre, por el Español, mencionemos, aunque sólo sea de paso, por ser muchas las obras nuevas, la bellísima comedia del aplaudido y laureado poeta García Gutiérrez, que después de haber tenido al público suspenso y conmovido por espacio de veinticuatro noches con su drama *Doña Urraca de Castilla*, del que dimos cuenta, variando completamente de estilo le hizo saborear los delicados y graciosos conceptos, encerrados como blancas perlas en preciosa concha, en lo que él llamaba modestamente un juguete titulado *Crisálida y Mariposa*. Catorce representaciones seguidas alcanzó esta lindísima producción, y por último fué retirada para dar lugar al estreno de un drama titulado *El príncipe Hamlet* que se verificó en la noche del 22.

Este arreglo de la sublime inspiración de Shakespeare obtuvo un éxito bastante satisfactorio, pues el público, dispuesto siempre á sentir, agradece que le conmuevan, poniendo en actividad sus facultades intelectuales, y sin cuidarse de analizar los detalles, se deja arrastrar del conjunto. La crítica es la que más tarde debe encargarse de señalar las bellezas y defectos de la obra. Bajo este punto de vista, *El príncipe Hamlet* llenó su cometido; y tanto el autor del arreglo, como los actores, fueron extraordinariamente aplaudidos.

La ejecución fué buena por parte de la eminente Teodora Lamadrid, que tiene no solamente condiciones dramáticas, sino trágicas, y regular por lo que toca á la señorita Boldun, que también es muy buena actriz para el drama. El Sr. Vico hizo un Hamlet de primer orden; pero aquí terminan nuestros elogios, porque el resto de los actores no poseen las facultades necesarias para completar el cuadro, tratándose de una obra de las exigencias que tiene la que nos ocupa.

El coliseo que en la presente temporada merece los honores del combate, es el Circo de la plaza del Rey. Ya sea fortuna, ya celosa actividad y deseo de complacer al público, lo cierto es que la empresa de dicho teatro está presentando producciones dramáticas de primer orden, y que los triunfos se han sucedido unos á otros según han tenido lugar los estrenos.

Aún resonaban en nuestros oídos los entusiastas aplausos tributados al drama de García Gutiérrez *Doña Urraca de Castilla*, en su vigésima cuarta representación, cuando fuimos sorprendidos por el estreno de otro drama, en cinco actos y en verso, original del Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce, titulado *El haz de leña*, que obtuvo un éxito, si no mayor, por lo ménos igual al anterior, y los dos tan justos como merecidos.

De diez y siete á veinte veces fué llamado el autor al

palco escénico la primera noche, entre los más nutridos aplausos; y las once veces que se ha representado, han sido otros tantos triunfos para el afortunado poeta y los actores que han interpretado su creación. La inimitable Matilde, que parece poseer el secreto de la eterna juventud, estuvo en toda la obra á la altura de su gigantesca reputación; y el Sr. Catalina se excedió á sí mismo caracterizando de una manera magistral al desgraciado príncipe D. Carlos de Austria, y haciéndose aplaudir muchas veces durante toda la representación, especialmente en los actos segundo, cuarto y quinto.

Retirado *El haz de leña*, se estrenó en el mismo coliseo una comedia arreglada del francés por el Sr. Miranda y Rodríguez, con el título de *Aurora*, que fué muy bien recibida, más que por su mérito literario, por lo feliz del desempeño y el lujo y elegancia con que ha sido puesta en escena. Todos los actores que en ella tomaron parte estuvieron acertadísimos, y así se lo demostró el público con sus repetidos aplausos.

Después del citado estreno se repitió por la vigésima sexta vez el drama de García Gutiérrez, *Doña Urraca de Castilla*; y por último, en la noche del 5 tuvo lugar el beneficio de Mariano Fernández, tan querido del público madrileño, con la comedia ya conocida *El movimiento continuo*. El beneficio del popular actor fué un verdadero beneficio, por lo numeroso y escogido de la concurrencia, y los repetidísimos aplausos digeron al beneficiado cuántas son las simpatías que tiene en la coronada villa.

Dejando ya los teatros de verso, digamos algunas palabras de los de música, por más que no sea mucho nuevo ni mucho bueno lo que de ellos podemos reseñar.

En el elegante coliseo de Jovellanos se suceden los estrenos con muy escasa fortuna. Después del lisonjero éxito obtenido por la zarzuela de los Sres. Larra y Fernández Caballero, *El atrevido en la corte*, la fortuna le volvió la espalda; y con *El tributo de las cien doncellas*, aborto del que ninguna pluma sería de ocuparse, se entabló una lucha entre el público que no quería el libro y el que aplaudía la música; y merced á esta última, que es muy bella, como toda la del maestro Barbieri, ha podido alcanzar algunas representaciones.

Gastada esta obra bufa, se estrenó otra de los señores García Gutiérrez y Larra, con música de dos compositores, titulada *El Conde y el Condenado*, de la cual no gustó el libro ni la música, volviendo la empresa á sacar el cristal, ó lo que es lo mismo, *El tributo de las cien doncellas*, en donde el Sr. Arderius luce sus habilidades. Más tarde se han cantado *La Gran Duquesa* y *Pepe-Hillo*; y de este modo, cuando creíamos que los Bufos habían muerto, nos encontramos con que se cultiva el género en dos teatros de la corte.

El gran coliseo de Oriente continúa tan frío como hasta aquí: únicamente en las noches que se han cantado las dos óperas de Meyerbeer *Hugonotes* y *Dinorah*, es cuando ha reaparecido algún tanto la animación; pero de todas maneras, en la presente temporada deja mucho que desear el teatro de la Opera, y las *dilletanti* no están de enhorabuena ni mucho ménos.

Hemos terminado la reseña de espectáculos, pues las dimensiones de esta Revista, ya un tanto larga, y el tener que ocuparnos del movimiento literario, nos impide hablar de los teatros de tercer orden, en donde, sin embargo de su modesta apariencia, pueden pasarse horas muy agradables; pero en otro número subsanaremos esta falta.

Siendo esta la época en que salen á luz mayor número de publicaciones, creemos un deber el indicar á nuestras discretas lectoras aquellos libros que, por su fondo moral y por su bella forma, puedan amenizar y entretener provechosamente sus ocios.

Además de esas dos ó tres novelas terroríficas, cuajadas de puñales y venenos, que están siempre sobre el tapete, tales como *Lucrecia Borgia*, *La honra de la mujer*, y otras análogas, se están publicando algunos libritos dignos de figurar en la biblioteca de toda señora instruida. En este número se cuenta uno del Sr. D. Antonio San Martín, titulado *Pompeya, la ciudad desenterrada*, que, además del argumento, contiene preciosos datos históricos. Continúan también publicándose los *Cuentos de Salomón*, de que tantas veces hemos hablado; y comienzan á ponerse á la venta los *Almanques literarios*, entre los cuales los hay que contienen artículos muy bellos y muy instructivos. Uno de los más amenos es, á no dudar, el *Almanach des Señoras*, que se publica en Lisboa, pero que tiene en España muchos aficionados por lo bello y variado de sus artículos, novelitas y poesías, y porque además escriben en él algunas distinguidas poetisas españolas. Otro librito, de lectura tan amena como agradable y moral, es el que bajo el título de *La leyenda de la Nochebuena* acaba de dar á luz el distinguido poeta salmantino D. Ventura Ruiz Aguilera. A los que conocen *La Arca-*

dia moderna y *El libro de la Patria*, nada tenemos que decirles, porque en aquellos, como en esta composición, y como en todas las del Sr. Aguilera, la galanura de estilo y la delicadeza del pensamiento se encuentran unidas á lo moral y elevado de los conceptos. Sin embargo, la idea que ha presidido á su último libro, le hace, según nuestro juicio, superior á los otros. La palabra *La Nochebuena*, es decir, el principio de ese gran poema, que comenzando en un pesebre, debía terminar en el Gólgota, halla eco en todos los pueblos del globo, y el corazón del niño, lo mismo que el del anciano, se consuelan al escucharla. Para el primero encierra la promesa, para el segundo el recuerdo; y de estos sentimientos, traducidos á sencillos y elegantes versos, ha formado el poeta una guirnalda de aromáticas y galanas flores.

Sentimos que el pequeño espacio destinado á estas revistas no nos permita copiar aquí algunas estrofas de cualquiera de las composiciones que encierra esta obra; pues ya se refiera á las costumbres populares, ya á las en que el autor ha dejado correr su fantasía pintando maravillosamente los delirios de la esperanza ó las ilusiones del recuerdo, todos son de una sencillez encantadora; por lo cual, para terminar, sólo nos resta recomendar á nuestras bellas lectoras la adquisición de tan precioso librito.

SOFÍA TARTILAN.

SAN JORGE.

LEYENDA.

Este Santo, cuya festividad celebra la Iglesia el día 23 de Abril, era, según la leyenda, un joven y hermoso príncipe de Capadocia, que sufrió el martirio bajo el Imperio de Diocleciano. Se le representa armado con una lanza y venciendo á un dragon, para recordar que libertó á la hija del rey de su país natal de un horrible monstruo. Después de ésta y otras muchas hazañas, continuó sus correrías por el mundo, para combatir y convertir á los infieles. Habiéndose extraviado en un bosque, donde se halló acosado por el hambre y la sed, dirigióse á una cabana, cerca de la cual estaba una mujer llorando la pérdida de uno de sus hijos. Al aspecto de desconocido guerrero no pudo ménos de experimentar una santa admiración mezclada de respeto, que hizo contener el curso de sus lágrimas. La mano izquierda del Santo detuvo el poderoso corcel, cuyo color pudiera rivalizar con la nieve; con la otra sostenía el blanco estandarte, en el que campeaba una cruz de púrpura, agitada triunfante en cien combates sobre su cabeza. El signo sagrado ante el cual todo cristiano se inclina, brillaba sobre la coraza del caballero, y cual cimera del bruñido casco extendía sus alas de oro la paloma simbólica.

El guerrero pidió á la pobre mujer un pedazo de pan y un poco de agua; y ésta, olvidando por un momento su dolor, corrió precipitadamente á su morada. San Jorge echó pie á tierra, arrendó su caballo á un pilar que sostenía el techo de paja de la cabana, y hé aquí que una nueva sávia comienza á circular entre las ya secas fibras del madero; levántase la corteza, dejando entrever hermosos y frescos tallos, que al punto formaron ramas cubiertas de verde follaje sobre el techo de la rústica vivienda, preservándola de los abrasadores rayos del sol, al mismo tiempo que alegres pajarillos voltijaban por la enramada milagrosa, cantando y poniendo de manifiesto la grandeza del Criador.

La madre, testigo de este prodigio, se arrojó á los pies del Santo, y levantando en sus manos el cuerpo de su hijo, le rogó tuviese piedad de ella. El caballero la hizo alzar del suelo, se inclinó con tierna emoción hácia el pequeño cadáver, besó la frente ya helada por el frío soplo de la muerte, y recogiendo su espíritu por medio de una ferviente oración, la sangre del niño volvió á circular por sus venas, sus mejillas recobraron el color perdido, sus ojos se entreabrieron y miró á su madre... Esta, trastornada de gozo, lanzaba gritos de alegría, y en el transporte de su reconocimiento quiso adorar como á un dios al autor de esta maravilla; pero el piadoso guerrero la detuvo, recordándole las divinas verdades de la religión.

"Este homenaje, exclamó con dulce voz, sólo debe tributarse á Dios, que ha hecho el cielo y la tierra; yo no soy más que un humilde servidor suyo; reconozco su poder: El únicamente es quien te devuelve tu hijo."

E.***

Explicación del Figurin 1054.

Fig. 1.ª - *Traje de visitas*.—Falda de media cola, de seda color castaño, adornada con un plegado ancho que se fija bajo una tira de terciopelo negro, realizada esta tira con lazos de encaje negro. Túnica princesa de la misma tela y con igual adorno, sólo que las tiras de terciopelo se completan con una franja de borlas. Una cinta echarpe, partiendo de los hombros, recoge en pouf los paños de atrás de la túnica. La parte superior del cuerpo va adornada con brandebourgos. Sombrero diadema de alas levantadas.

Fig. 2.ª - *Traje de amazona*.—Vestido de paño verde oscuro. Una ancha tira de terciopelo verde oscuro guarnece la falda como asimismo el cuerpo de solapas y aldetas largas y plegadas. Mangas ajustadas con altas vueltas cuadradas. Puños y gorguera de encaje. Sombrero *Rubens*, con gran pluma sostenida por un lazo.

Fig. 3.ª - *Traje de calle*.—El vestido es de paño carmelita. La falda, redonda, lleva un pequeño volante con cabecita festoneada. Túnica forma princesa ricamente bordada y adornada de tiras ondeadas con grandes mangas abiertas y otras interiores. Sombrero cerrado, con lazos y flores.



CORRESPONDENCIA.

Es preciso aprovecharlo todo.— Utilice V. su falda de raso azul haciendo un chaleco largo, especie de chupa, adornado de guipure y perlas blancas. Este chaleco puede V. ponerlo con un vestido de terciopelo negro con una graciosa chaquetilla de terciopelo, sin mangas.

D. M.—*Madrid.*— Las graciosas *Aigretes* que hemos recomendado á nuestras lectoras, se venden en la Dalia Azul, Carrera de San Jerónimo, Estrella Oriental, calle de la Montera, Loba Marina, calle del Príncipe, y calle de Carretas, guantería de Arroyo.

Mis Lucy.—*Londres.*— No puede ser nunca fea una mujer que, como V., demuestra un corazón tan sensible y una imaginación tan viva. La que ha escrito la amable carta que V. nos ha dirigido, siempre ocupará un lugar privilegiado en todas partes. No se entregue usted, pues, á la melancolía, no rehuya las fiestas del



La murga.

mundo, combata V. esta predisposición de su espíritu, aunque no sea más que para causar un placer á su anciana madre, que tanto lo desea. ¡Es tan dulce sacrificarse por las personas queridas! No olvide V., sobre todo, que el verdadero mérito estriba en las cualidades del alma y del espíritu.

Una madre económica.— Para niñas se hacen trajes de tarta, de *vigogne* ó terciopelo inglés; falda y polonesa con pocos adornos, y una pequeña esclavina con capucha para los días de frío.

La condesa de C. Y.—El sombrero Rabagas sienta perfectamente á un rostro fresco y joven. La mujer de treinta años debe elegir otra forma más severa.

En la Exposición de Lyon acaba de obtener la MEDALLA DE ORO, la máquina de coser que hemos recomendado á nuestras suscriptoras, *La silenciosa perfeccionada*.

Esto premio prueba la bondad de dicha máquina y la justicia con que se la prodigan toda clase de elogios.— Saben ya nuestras lectoras que la casa de D. Antonio de Paz, en Santander, es la encargada de la venta de la expresada máquina.

Soluciones á las dos charadas insertas en el número 43 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Noviembre de 1872, por las señoritas doña Candelas Gonzalez Redondo, de Villasana de Mena; doña Adela Ansa, de Castro Urdiales; doña Carmen Martínez de Marqués, de Badajoz; doña Dolores de Sain y Rozas, de Bilbao; doña Angela Balda, de San Sebastian; doña Magina Juer de Gramunt, de Balaguer; doña Cándida de Usabiaga y doña Concha Jáuregui, de San Sebastian, y los señores D. Diego Vada, de Fuentes de Leon; D. Gervasio Mon-

tealegre, de Barcelona; D. Anselmo González, de Sevilla.

Las soluciones las hallarán nuestros suscritores en las dos siguientes composiciones, que nos han remitido dos discretas señoritas.

I.

¡V! leer tu charada
 ¡A! que la bella
 En ella ponderada
 Linda doncella,
 ¡T! lamarse debería
 Vmable Ana,
 ¡N! dudé en dar el todo
 ¡V! la *Avellana*.

II.

Fruta exquisita es el *coco*,
 Palabra que al niño espanta;
 Y es en las tierras el *coto*
 Señal, de utilidad tanta,
 Que por ella el labrador,
 Su propiedad reconoce,
 Y de ella el fruto recoge,
 Trabajando con ardor.
 El *Rhin* será celebrado,
 En los fastos de la historia;
 Por reyes fué codiciado,
 Alpotentados dió gloria.



El pavero.

Si una sílaba de *coco*
 Tomas es, y otra de *coto*,
 Y en medio el río colocas,
 De la charada el fin tocas.
 Descubriste el laberinto?
 Recuerda lo que fué Grecia,
 Y en sus ciudades egregias
 Pronto hallarás á *Corinto*.

Pamplona 21 de Noviembre de 1872.

JACOBA GOMEZ DE MONGECLOS.

I.

Pasando por la puerta
 De prima y cuarta,
 Vi sentada á la reja
 La hermosa Ana.
 Figéme en ella,
 Y es cierto que no he visto
 Mujer más bella:
 Aunque prima y segunda
 No me volviera,
 Comprendí que era *ave*
 La vez primera:
 Por Santa Marta,
 Acerté que era *llana*
 La tertia y cuarta.
 Hablaste ayer con ella,
 Y en un acceso,
 Le ofreces cariñoso
 De amor un beso;
 Te dejó solo,
 Dándote una *avellana*,
 Y esto es el todo.

II.

La primera repetida
 Es *coco*, fruta muy buena;
 La segunda sola, *Rhin*,
 Vino de opulentas mesas;

Prima y tercera es un *coto*
 Que la propiedad demuestra,
 Siendo su todo *Corinto*,
 Notable pueblo de Grecia.

Lorca 19 de Noviembre de 1872.

FILOMENA PEREZ-PASTOR Y LADRON DE GUEVARA.

LA UNIVERSAL.

GRAN PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA DE ROYO.

Plaza de Topete, núm. 15. Madrid.

PELUQUERÍA.

Gran surtido en moñas de trenzas, tirabuzones, de capricho y otras muchas formas de novedad.

Añadidos, trenzas, tirabuzones, diademas, horquillas de capricho y de ondas, grupos, centros y bucles.

Especialidad en rayas, pelucas, bisoñes, cuadros, pulseras, cadenas, leontinas, etc. etc.

Gran salón independiente para señoras, en donde inteligentes oficiales hacen toda clase de peinados de novedad.

Otro destinado para el servicio de caballeros.

También se tiñe el cabello y la barba.

Se enseña á peinar y se dá razon de buenas peinadoras.

Se rizan toda clase de postizos á precios sumamente económicos.

Advertencia. Siendo nuestra casa la primera que ha comprendido la necesidad en que se hallaba la capital de España de un centro general de trabajos de peluquería, invitamos á las señoras de buen gusto á que visiten de vez en cuando nuestros escaparates, seguras de que hallarán en ellos todos los adelantos de la época.



Cuánto, salada?

Se mandan pedidos á provincias, y se remiten prospectos, bastando para ello dirigirse en una carta á la directora del mismo establecimiento.

PERFUMERÍA.

Ninguna clase de elogios harémos de los artículos de perfumería, que enriquecen nuestro establecimiento, bastándonos únicamente con enumerar algunas de las casas de que nos surtimos, como las de Alkinson, Patey Clever y Williams Riegers de Londres, y las de Viotel, Roger, Gelle, Botot y Carlos Fay de París.

Especialidad en jabones finos de Tridacio Cold-Cream, Emperatriz, Jockey-Club etc. etc. y el Transparente de Williams Riegers.

Gran surtido en extractos de los fabricantes ántes dichos. Abundante surtido en polvos blancos de las Camelias, Crema de Lis, Emperatriz y otros.

Recomendando como especialidad la Crema de la Hermosura y la Velutina en polvo.

Vinagres y aguas para el tocador.

Agua legítima de la Florida.

Especialidad en aguas para conservar la dentadura y polvos para limpiarla.

Aguas de Atenas y de Quina para lavar la cabeza.

Tintes superiores para rubio, castaño y negro.

Pomadas, cosméticos y aceites para dar brillantez y evitar la caída del pelo. Bonito surtido en almohadillas para perfumar la ropa.

Estuches conteniendo varios artículos de perfumería.

Brillantina, diamantina, pomada húngara, y cosméticos para dar brillantez á la barba.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

La confusión que se ha armado con los nuevos sellos, nos obliga á rogar á nuestras suscriptoras que prefieran para sus pagos las letras ó libranzas, y sólo en el caso extremo de no poder utilizar este medio de giro, apelen á los sellos de franqueo, prefiriendo los de 25 y 50 céntos, de peseta.

Los sellos deben venir en carta certificada, sin cuyo requisito esta Administración no responde de su extravío.

Las Sras. Suscriptoras á la Edición de Lujó recibirán con este número el figurín iluminado.

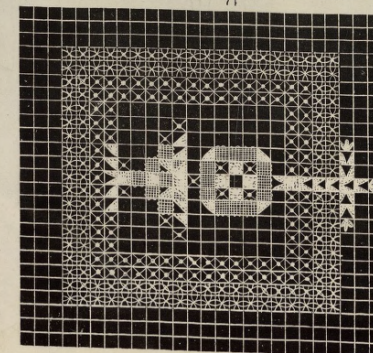
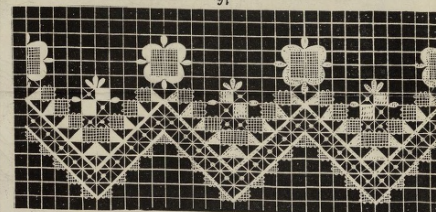
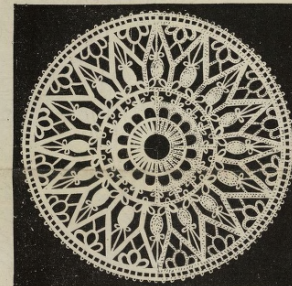
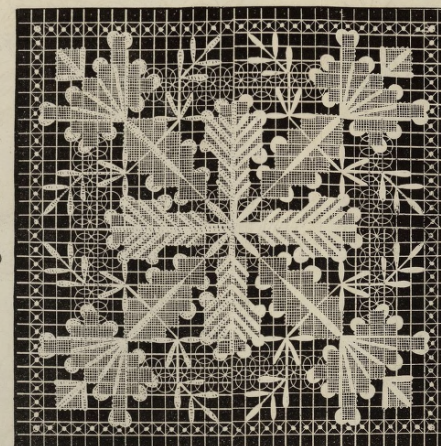
Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.

CORREO DE LA MODA.

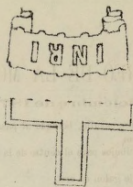
Diciembre de 1872.

- Núm. 1.—Dibujo para casulla, bordado al pasado con sedas y oro sobre fondo blanco.
 Núms. 2, 3 y 4.—Dibujos para el centro de la casulla, correspondiente al núm. 1.
 Núm. 5.—Adorno de galon de oro.
 Núm. 6.—Estola ó manipulo, bordado con seda y oro al pasado.
 Núm. 7.—Mitaí de una cenefa para paño de altar.
 Núm. 8.—Dibujo para amito bordado á realce: bordado al pasado con seda y oro, puede hacerse para paño de cubrir el caliz.
 Núm. 9.—Cartera de corporales, bordado con oro al pasado y cordellillo.
 Núm. 10.—Atributos para centro de amito, bordado á realce.
 Núm. 11.—Modelo de la casulla concluida.
 Núm. 12.—Atributos para muros de corporales, bordado á realce.
 Núm. 13.—Cuadro de malla guipure para paño, alternando con otros de batista lisos ó bordados: puede hacerse para paño de comunión. Estos paños se hacen generalmente cuadrados; el tamaño es de 1 metro 80 centímetros.
 Núm. 14.—Malla guipure para encaje de alba.
 Núm. 15.—Paño de comunión ó encaje de altar, de malla guipure.
 Núm. 16.—Dibujo de crochet, para acericos.
 Letras para sábanas y nombres para pañuelo, bordado á realce, plumetis, punto de fantasía y calado.



Ayuntamiento de

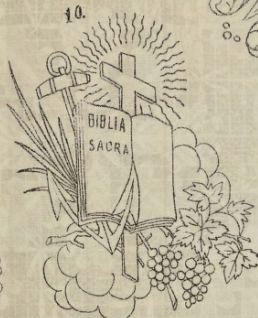
JESUS MARIA



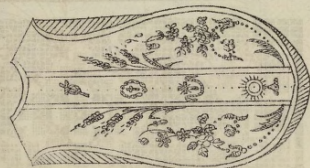
6



7



10



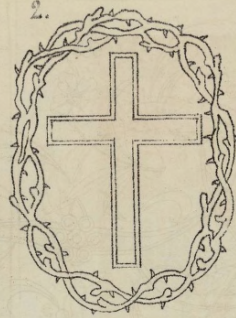
11



12



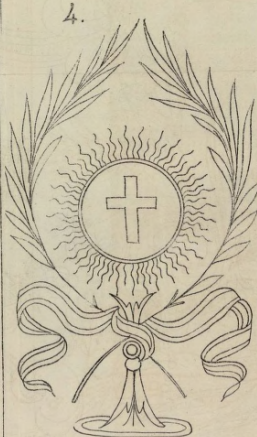
8



2



5



4



Calon de oro

5



1

Calon de oro